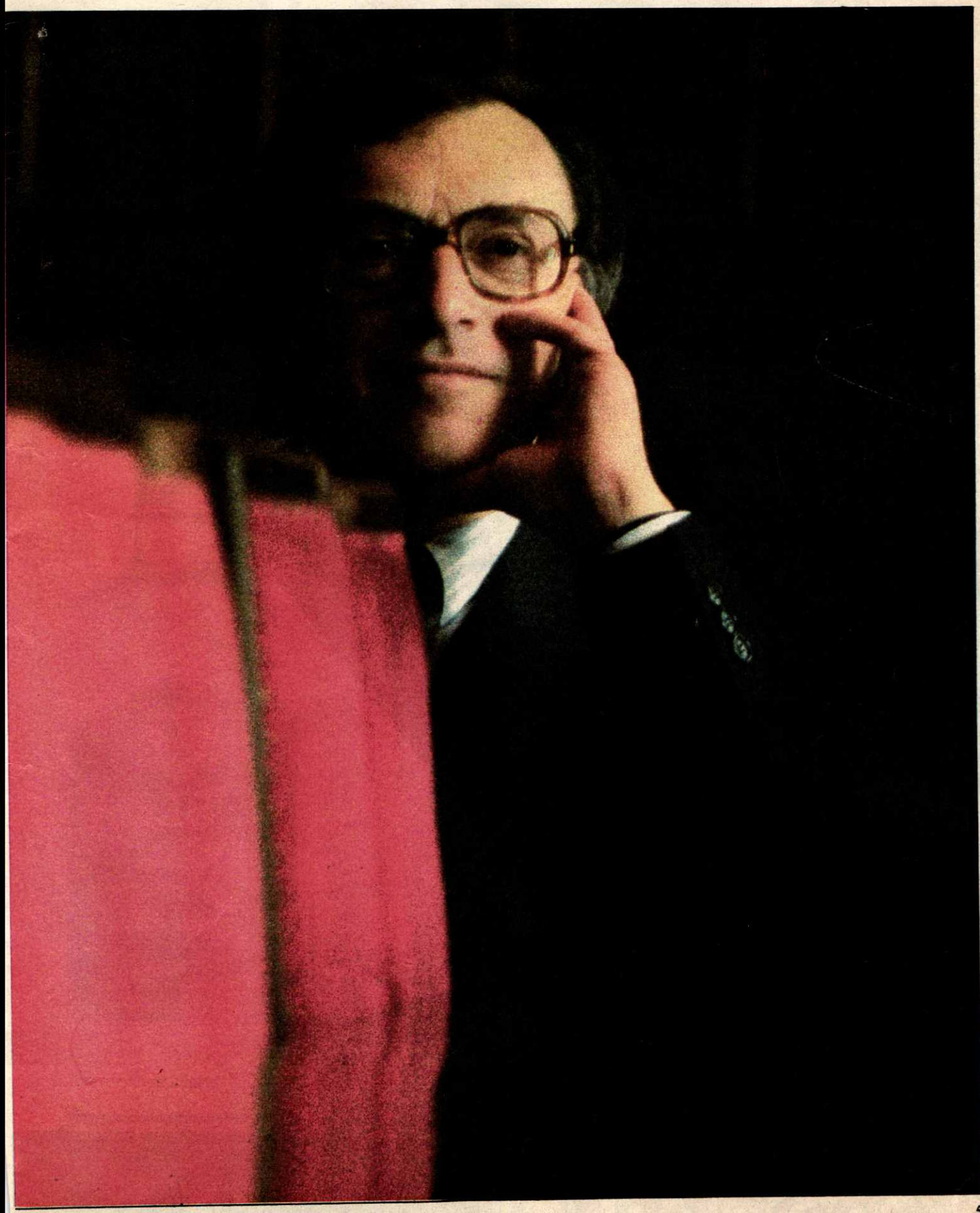


Lo que de verdad te gusta no cuesta tanto.



DOBLE-V

—SU historia es la de un panadero que, a base de mucho esfuerzo, consigue dejar la panadería, no sé si afortunadamente o por desgracia...

—Yo creo que afortunadamente.

—... y con el tiempo llega a ser catedrático de Derecho Político, a redactar la Constitución y ahora ha sido elegido decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona. Y eso, en una facultad conflictiva en épocas del franquismo, pero ahora, con la democracia, un poco dormida.

—Mi elección como decano se sitúa en un momento en que pueden empezar a cambiar las cosas. La Universidad tiene muchos problemas, tiene pocas posibilidades de maniobra, pero ahora se ha abierto una posibilidad con la reforma de los estatutos. Se va hacia el cambio que, si culmina, será muy serio. Se puede cambiar muy radicalmente el plan de estudios y el sistema de enseñanza, se puede renovar la infraestructura y se puede hacer de la Facultad un centro de mayor dinamismo cultural, político, teórico y jurídico, que no sea sólo lo de ahora: unas clases superpobladas.

—¿Y qué impresión tiene usted al ser decano de una facultad que fue avanzadilla de protesta contra el franquismo y ahora está llena de niños y niñas de la clase alta?

—No es exactamente así. La composición de la Facultad no ha cambiado mucho desde el punto de vista sociológico. Lo que sí ha cambiado es en cantidad. En Derecho tenemos casi doce mil estudiantes y el espacio físico da para unos tres mil. Eso nos obliga a dividir por cursos y eso destruye un poco el tejido orgánico de los estudiantes. De modo que la mayoría de los estudiantes ni se conocen entre ellos. Por otra parte, al acabar, las perspectivas son muy problemáticas y hace que haya como una especie de competitividad. Y eso también incide en esa aparente tranquilidad. Pero he observado ciertos cambios. En las últimas elecciones ha aumentado el índice de participación.

—Pero los niños y las niñas que van a la Facultad van en coche y...

—Hay de todo. Encuentras gente de todo tipo. Desde el estudiante que viene porque quiere estudiar Derecho, porque quiere ejercer como abogado, porque quiere trabajar en la Administración, hasta el que viene porque es una Facultad que le viene cómoda y porque le han dicho que tiene que estudiar. Y hay un sector importante que va a estudiar Derecho y estudia, y el nivel está subiendo.

—Ahora usted ya es decano. Es decir, el cargo, más las clases y toda la actividad que eso implica. O sea, más trabajo.

—Yo no quería de ninguna manera ir al Decanato y me resistí muchísimo hasta que me encontré con que efectivamente había un movimiento de fondo y me pareció que mi deber era favorecerlo. Yo quiero rodearme de un buen equipo y creo que lo tengo.

—¿El equipo será monocolor?

—¿Monocolor? No, no. Lo dije desde el primer momento: yo soy un decano de integración. Un equipo de gobierno tiene que ser homogéneo, en eso no cabe ninguna duda. Pero al mismo tiempo debe tener en cuenta que es una Facultad muy diversa y que hay sensibilidades distintas. En la comisión de gobierno tiene que haber estudiantes de todas las candidaturas que hayan sacado votos importantes. Y desde el punto de vista del profesorado, lo mismo. Y tanto me da que sean de un color como de otro.



—¿Y a su esposa, cómo le ha afectado el nombramiento?

—Yo ya estaba muy cogido en la Facultad. Tengo un estilo de trabajo y hablo con mucha gente y con muchos estudiantes y eso me lleva una cantidad enorme de horas. Yo estoy allí todas las mañanas y algunas tardes. Pienso dedicar más o menos el mismo tiempo pero combinándolo un poco mejor. Y desde el punto de vista de mi casa, pues mi mujer lo ha aceptado bien. Le ha parecido bien.

—Está contenta...

—¡Hombre!, tanto como contenta... Somos una pareja que cada uno tiene su personalidad y su propia independencia y las cosas nos las explicamos, las contamos, las compartimos, las discutimos pero, en definitiva, la elección la toma cada uno. Ella es profesora en la Autónoma.

"Siempre me ha disgustado mucho el enfrentamiento entre grupos, entre capillas"

—¿Y sus actividades de ocio, tendrán que reducirse?

—Espero que no.

—¿Sigue usted practicando el esquí de fondo?

—Sí. Aquí en Cataluña hay dos o tres sitios buenos. Uno es Sant Joan de Lerm y otro está en Lles de Cerdanya. Luego hay unas pistas en la Vall d'Aran, concretamente en Baqueira, y ahora están haciendo unas nuevas en Salardú. La más cercana es la de Tuixent, alguna pequeña pista en La Molina y ahora con el túnel lo que quizá nos sale más rápido es ir al sur de Francia, donde hay zonas magníficas.

—¿Qué cualidades exige el esquí de fondo?

—Es un deporte para mí maravilloso y seguramente el más completo que conozco. Es un movimiento muy armónico, es como si patinases en medio de un bosque nevado. Vas improvisando tus itinerarios o sigues los marcados. Si quieres hacer muchos kilómetros, haces muchos y si quieres menos, paseas. Y se puede hacer en grupo, que es muy agradable. Aquí todavía está poco desarrollado porque entre nosotros cuando se habla de esquí, la gente entiende el esquí alpino, de bajada, y nada más. Pero en otros países es un deporte de masas.

—O sea que, curiosamente, usted practica en España una modalidad elitista...

—Más que elitista es que aquí se practica por un tipo de gente muy parecida a la del montañero, al excursionista. Yo soy muy montañero en verano y encuentro al mismo tipo de gente. Pero cada vez hay más. Yo he hecho más prosélitos con el esquí de fondo que con la política.

SOLE TURA

–¡Ah! ¡Es difícil hacer prosélitos políticos en su partido!

–Sí. En mi partido y en cualquier otro.

–Y qué opina...

–Yo preferiría no hablar de ese tema, si no le importa.

–Bueno. Entonces me decía que es más difícil lo del partido que lo del esquí de fondo.

–No. Es otro problema. Yo este proceso de divisiones y estas cosas no quiero seguirlo, no quiero ser copartícipe, corresponsable en ese asunto lamentable.

–Usted siempre ha sido un político encuadrado en el comunismo, en el PSUC sobre todo, y ha estado un poco por encima de las divisiones, los enfrentamientos, conflictos, peleas y líos entre unos y otros.

–Lo he procurado. No siempre lo he conseguido. A veces me he encontrado metido en líos que me han parecido terribles. Siempre he procurado tener una visión amplia de la política, siempre me ha disgustado mucho el enfrentamiento entre grupos, entre capillas, entre facciones. Los enfrentamientos internos, sobre todo, siempre me han disgustado mucho. En cambio, entiendo que la política exige hoy grandes opciones, grandes propuestas que interesen a sectores muy amplios de la población. La gente, lo que quiere son propuestas que unan, que no separen, que abran posibilidades, que no encierren a la gente en querellas que la mayoría no entiende. Y que den posibilidades de movimiento cómodo. La gente quiere estructuras en las que se pueda mover cómodamente y no que le obliguen a tomar posiciones rígidas.

–¿Y cómo se hace eso?

–No lo sé. Yo no he conseguido casi nunca estar por encima de esas situaciones, pero siempre he entendido las cosas así. Yo milito desde hace muchos años pero cuando no he estado de acuerdo lo he dicho y no he querido nunca perder mi libertad de movimiento, ni mi libertad, ni mi independencia de espíritu. A mí me interesa la Historia para saber qué es lo que nos condiciona, me interesan las grandes cuestiones que efectivamente inciden en los problemas de cada día. Los problemas internacionales nos afectan directamente y tiene escaso sentido quedarse en querellas internas sobre elucubraciones teóricas que nadie comparte.

–¿Y esa situación es culpa del partido o del país?

–Este es un país que tiene una falta de tradición democrática porque siempre se la han negado. Han predominado o las actitudes dictatoriales o las estrechamente conservadoras. En nuestra historia constitucional en los dos últimos siglos las dos únicas constituciones que han estado vigentes mucho tiempo son las grandes constituciones conservadoras o reaccionarias. Tuvimos una monarquía excluyente, cerrada, militarista, oligárquica, con grandes sectores de la población marginados, grandes disensiones sobre el modelo de Estado y períodos democráticos que han sido breves, inestables. Y todos han terminado en golpes militares. El período democrático que más ha durado es el actual.

–¡Caramba!

–Esa es nuestra historia. Pero ahora por primera vez se abre la posibilidad de un acuerdo sobre el modelo de Estado que queremos.

–¿Dónde, cómo y cuándo aprendió usted a ser demócrata?

–Mi familia es de origen republicano esencialmente. Tenía un tío, que además era mi padrino, y al que yo respetaba muchísimo, que fue el último alcalde republicano de Mollet. Estuvo en el exilio y a mí me impresionó muchísimo. Y yo trabajaba como panadero, aunque ser panadero en aquellos años no era lo peor, al contrario. Y veías, sin embargo, la injusticia, la desigualdad. Cuando ya entré en la Universidad también tuve esa rebelión contra la dictadura que también se reflejaba en la represión que se ejercía contra la cultura catalana. En la Universidad, todo eso lo articulé con otros compañeros. Mi tío me dio su personalidad. En la Universidad hubo varias personas, entre ellas Manolo Sacristán. Y yo siempre he tenido un espíritu bastante independiente y hacía salidas al extranjero. Trabajé en Alemania y en Inglaterra en los campos de trabajo, en verano. Allí conocí a muchísima gente, leí cosas que no había leído aquí. Y todo eso me influyó mucho. Cuando estallaron los conflictos del 56-57 en la Universidad de Madrid, entonces ya me lancé directamente.

–Hay una frase de usted, que he recogido de unos escritos, un poco enigmática: "Las energías que tuve que gastar simplemente para levantar cabeza fueron realmente desproporcionadas". ¿Qué quiere decir eso?

–Pues quiere decir lo que nos pasó, no solamente a mí, sino a muchos. La represión religiosa, la represión sexual, la represión política. Para alcanzar un mínimo de normalidad en tu propia vida sexual, por ejemplo, había que hacer frente a las enormes limitaciones que existían, y además en una vida de pueblo. O el hecho religioso. Yo era religioso pero dejé de serlo muy pronto porque me repugnaba mucho la liturgia, el fariseísmo. Y para encontrar un mínimo de claridad en ese asunto tuve que dedicar una enorme cantidad de energías personales, intelectuales, anímicas, a superar estas cosas, que en una sociedad normal habría resuelto con mucha más facilidad.

"He hecho más prosélitos con el esquí de fondo que con la política"

–En este país todo cuesta bastante...

–Por lo menos para nuestra generación sí, y a precios muy altos. Pero siempre he pensado que uno tiene que adaptarse a cada momento en el que se encuentra para sacar el máximo provecho y no detenerse, para alcanzar un equilibrio emocional y comulgar con las personas, por lo menos con las personas que quieres, eso es muy importante.

–Pero usted da siempre la imagen de un hombre de equilibrio.

–Tengo muchos desequilibrios internos.

–No se los voy a preguntar si no me los dice.

–Tengo la apariencia de una persona equilibrada y procuro serlo. Pero, naturalmente, la vida y tu propia trayectoria genera tensiones internas que interiorizas. Y hay momentos en que por cualquier tontería estallo y entonces me doy cuenta de que tengo una carga, una tensión enorme que yo mismo he ido acumulando sin darme cuenta. A veces tengo unas reacciones de violencia que me sorprenden. Y luego, tengo mis traumas. Uno de ellos es el de mi propia formación intelectual, que ha sido absolutamente heterodoxa, autodidacta y deficiente. Tenga en cuenta que yo fui panadero hasta los 21 años y a los 23 estaba dando clases en una escuela de bachillerato. Y tuve y tengo grandes lagunas, vacíos, y eso no me hace feliz.

–¿Cuántos libros tiene usted?

–Pues no lo sé. Pero no tengo muchos. La verdad es que me interesa más la realidad concreta que los libros. A mí me gusta el libro que informa pero hay libros de teoría en los que tienes que saber distinguir lo que es aportación teórica y lo que es problema personal del autor. A mí me enriquece mucho más una conversación o un hecho que he visto que la lectura de dos o tres libros.

–Hay un tema curioso que quiero plantearle. Usted siempre ha tenido una buena imagen en la derecha. Pienso que a la derecha le habría gustado tener a una persona como usted. Y no sólo lo pienso sino que lo dicen. ¿Le halaga?

–Hombre, sí, halaga. Y al mismo tiempo me preocupa. Me dicen: ¡lástima que tú no seas esto! Pero cada uno es hijo de lo que ha sido. Y, por otra parte, siempre he prestado muchísima atención a las razones de los otros y siempre he procurado tenerlas en cuenta en mi propio análisis.

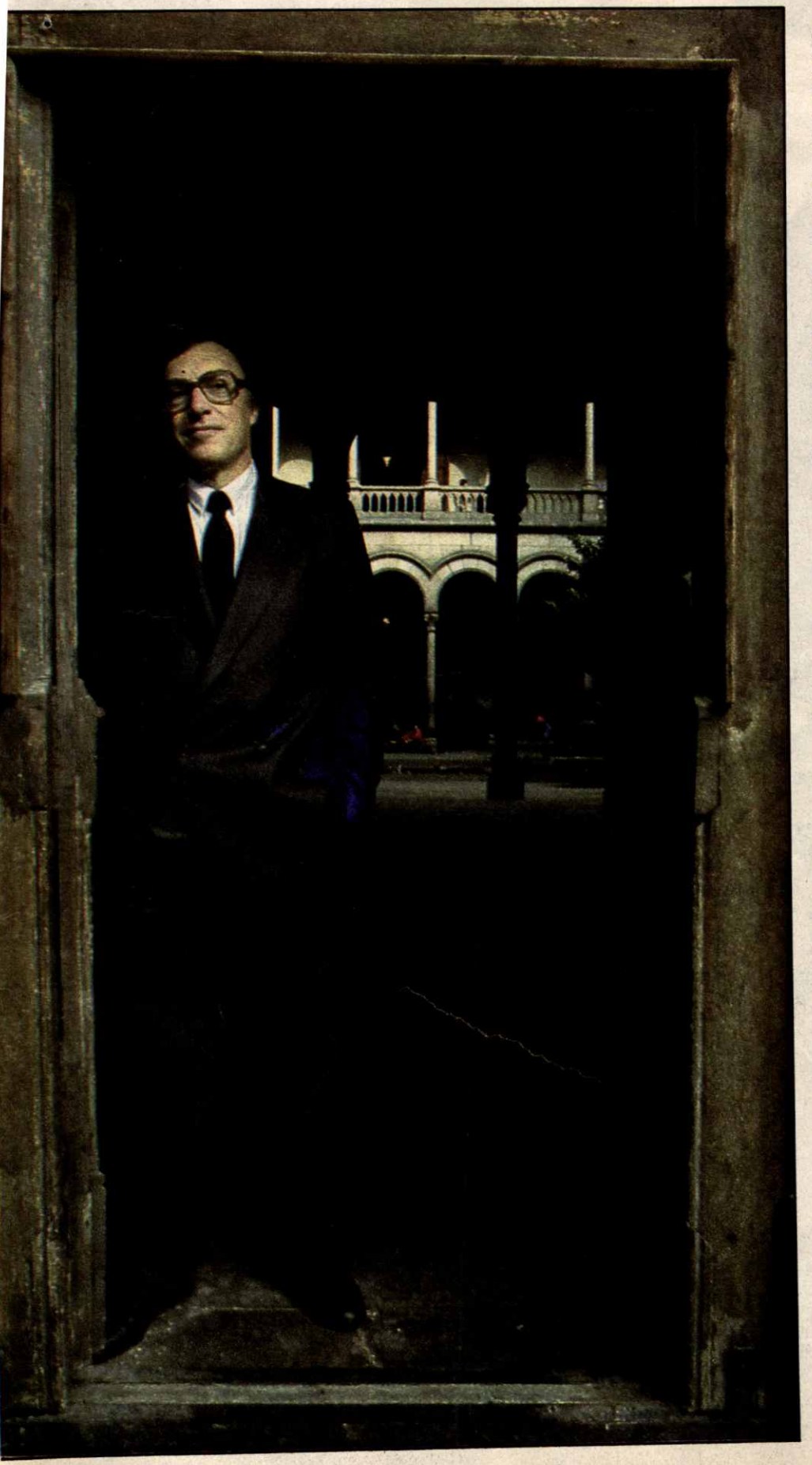
–¿Le han hecho alguna oferta para trabajar para la derecha?

–Nunca. Supongo que han visto claro que yo no era el hombre para eso.

–Pero hay personas como, por ejemplo, el alcalde de Barcelona, Pasqual Maragall, que tiene muy buena imagen en la derecha. La derecha habla muy bien de él y él coquetea con la derecha.

–Bueno también hablan muy bien de mí. Eso no quiere decir que sea de derechas. Maragall no es de derechas.

–No, claro. Pero es un hombre que alterna con la derecha como si hubiera estado allí toda la vida.



–Maragall es alcalde de Barcelona y sabe que la ciudad está compuesta por gente muy diversa. Y que, por consiguiente, un alcalde tiene también que dar respuesta a cosas que vienen de otros sectores que no son el suyo. Aunque eso no quiere decir que tenga que ser neutral. Un alcalde de izquierdas sabe, en definitiva, que defiende los intereses de los menos favorecidos pero sin perder de vista eso: que la ciudad es una cosa compleja.

–¿Me deja hacer un poco de demagogia? ¿Qué opina de la inseguridad ciudadana?

–No es un factor que dependa de la izquierda e incluso creo que se ha reducido. Es un factor que te encuentras como un subproducto de una civilización como la nuestra: el paro, la competitividad extrema y en la que el más favorecido tiene muchos metros de ventaja sobre el menos favorecido en la salida de la carrera de la vida. La inseguridad ciudadana es la respuesta tumultuosa, una respuesta terrible, de la gente menos favorecida que ve cómo otros suben utilizando métodos de cualquier tipo y ellos los utilizan de otra manera. Cuando estuve en la cárcel por motivos políticos, una de las cosas que me llamó la atención es que la mentalidad del delincuente común era muy parecida a la de mucha gente que ha hecho negocios rápidos, especulando. Pensaban lo mismo, lo que pasa es que en situaciones muy distintas.

–Es interesante...

–Cuando hablaba con los delincuentes comunes explicaban eso con una claridad extraordinaria: "Yo, lo que pasa es que no he tenido suerte, pero cuando la tenga, tú verás si me enriquezco rápidamente".

–¿Usted no ha tenido nunca la intención de enriquecerse rápidamente?

–Pues mire, la verdad es que no. Yo he vivido siempre con muy pocos recursos. Es más, he estado muchos años ganando cantidades miserables y puedo decir que no empecé a ganar un salario estable hasta casi los cuarenta años. Y además no me interesa ganar mucho dinero. Me interesa sólo para hacer el tipo de vida que quiero. Y no estoy dispuesto a gastar ni un minuto de mi tiempo para ganar más dinero si esto no me produce satisfacción. Ahora gano mi salario de profesor y mi mujer el suyo, y con esto vamos viviendo. Cuando fui diputado gané escasísimo dinero. Los sueldos los cobraba el partido y nos pagaba unas cantidades. Durante toda mi época de diputado ganaba sesenta mil pesetas y luego tenía una parte que ganaba en la Universidad, pero en total llegaba a las noventa mil pesetas.

–Y con eso se podía vivir...

–... con eso se podía vivir gracias al sueldo de mi mujer. El otro día estábamos comentando con ella que tendríamos que hacer un testamento por si un día pasa algo, y luego nos dimos cuenta de que no teníamos nada que dejar. Este piso, que estamos pagando, y luego un coche que estamos pagando a plazos.

–¿Dónde conoció a su mujer?

–Pues nos conocimos en la vida política clandestina. Cuando estábamos en aquella experiencia que se llamó Bandera Roja. Nos conocimos y desde entonces hemos seguido. ■

